

Cabañas El deseo

El registro de mi voz diciendo en un
dudoso italiano, una y otra vez,
prefiero las personas a los paisajes.

Mi cara alumbrada por tu grabador
boca abajo entre sábanas alquiladas
en un pueblo de Córdoba.

El punto luminoso de mi cara
visto a la madrugada desde el puente
peatonal que cruzaba la ruta.

A la mañana, la foto que te saqué
desde la ventana del cuarto mientras
con el libro abierto de Vonnegut,
multicolor, te tapabas.

En la reposera, largo, tu cuerpo
vestido leyendo entre las pibitas
que corrían por el borde
mojado de la pileta

meta bombas para salpicarte.

La prueba de la inmensidad,
dijiste, no eran esos organismos
unicelulares, sin ojos, en el agua
propulsados por hilos fosforescentes
sino el sucederse de pueblos chicos de nombres
hermosos estampados en arcos y carteles de madera
apenas nos alejamos por la ruta
de las luces y del ruido.

Subjetivo voyeur

No lo vimos pero salió en la foto:
un destello, tres puntos al final
del rayo que se abrió hasta mi cara. Es verano
una tienda a mirar lo que es como si ya hubiese sido:
dan ganas de sacarse fotos,
de acostarse a mirar el cielo a través del yuyal,
que tu mano me apunte más allá de la atmósfera.
Ahora nos turnamos para ver
con el zoom de la cámara
la escena familiar.

Antes que mirar prefiero que me la cuentes:
veo, veo, veo, decís, pero
¿te acompañaste a ese ralenti
que impone la escena muda?
Esta tarde, la luz, la familia,
anoche tu voz de ultratumba diciendo boludeces
contra el ventilador de pie
mientras afuera los grillos
reponían el sic sic de las estrellas. Es obvio:
todo es si se abre o se cierra
al ritmo del universo.

Imagino el grito de los chicos estallando
fuegos artificiales en la pileta,
el crepitar de la madera bajo un pie
enchancletado de hombre, microsibidos,
cañitas voladoras que se escapan del asador,
el mantel a cuadros, el juicio final, seco,
del cuchillo en la tabla.

Foco automático

Silos, barquito, planetario,
los íconos de la ciudad
se alejan rápido atrás nuestro,
mi cara y la tuya se unen
en el espejo retrovisor de la moto.
Anuncio de que solo en las calles
entre la gente
podemos ser nosotros es
este viento en la cara.
Debe haber desparramadas por todo el mundo,
colgadas de arbolitos de navidad en Colombia,
bajo la nieve que remueve
un esquimal en el Polo Norte,
rotas en mil pedacitos
en containers de Pekín,
fotos de amores que brillaron
bajo estos monumentos.
Ah, sí, perras flores.
Siempre oscurecen
el delicado entramado de las hojas.